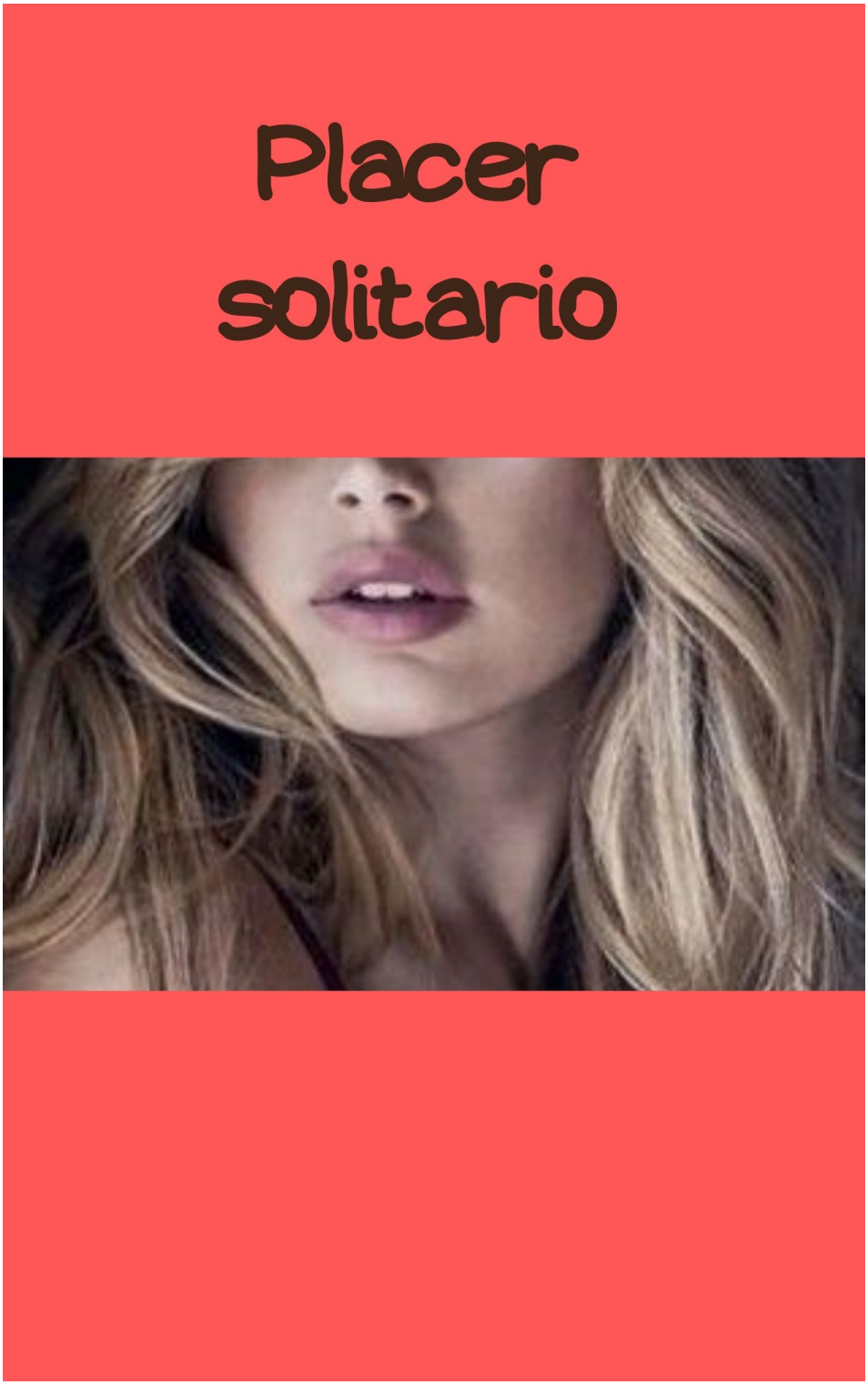
Placer Solitario

Nerea N



Capítulo 1

Rabbit Liebe

Vanessa y Alex se marcharon. Lorena comió una ensalada y se acostó. Durmió bien toda la noche.

Al despertar, repasó mentalmente el día anterior. Había observado a Vanessa mientras tenía sexo con Alex. Aquella idea de su amiga Anabel, de instalar lo que solamente parecía un espejo en la habitación que alquilaba a parejas, por horas, tal vez no había sido del todo buena. Es cierto que por la parte donde estaban los huéspedes solo era un espejo, pero desde el otro lado se podía ver todo, sin que ellos lo supieran. Era igual a los que tiene la policía, para que, desde el otro lado, sin ser visto, se identifique a los criminales. Para colmo, habían colocado un micrófono escondido, que reproducía todos los sonidos a través de un altavoz. Ya fuera por la tensión acumulada de aquellos días, o por la emoción que le producía ver a un hombre y a una mujer teniendo sexo en vivo, lo cierto es que era ella, quien ahora tenía muchas ganas.

Le pareció que llamar a Frank no era una buena idea. La única vez que lo hicieron estuvo muy bien, y él era un chico muy hábil, que la hizo correrse infinidad de veces, pero aquella noche habían regresado de una discoteca, y era normal que surgiera entre dos personas jóvenes, que estaban solas en un apartamento, después de pasar la noche bailando, riendo y bebiendo.

Volvió a recordar a Vanessa y Alex. La chica había estado muy bien. Sonrisas pícaras y a la vez inocentes, cierto rubor en las mejillas, sobre todo mientras él la desnudaba. Aquella mezcla de timidez con deseo. La forma de gemir cuando la penetró, sus chillidos excitantes. El miembro entrando lentamente, mientras los labios se abrían a ambos lados. Después aquella forma de arquear el cuerpo acostada, echando las tetas hacia arriba, pegándose más a él. Las manos apretando las sábanas, los gritos al sentir las primeras contracciones del orgasmo, la cabeza hacia atrás … los ojos cerrados, todo aquello la había excitado mucho.

Lorena estaba acostada en su cama. Aunque acababa de despertarse, era casi las 1:00 de la tarde. Había dormido demasiado. Encendió el aire acondicionado. Por la madrugada lo había apagado, porque sintió frío.

Fue al baño a lavarse la boca y a asearse. Volvió a la cama. Se quitó la bata y abrió el cajón de la mesilla de noche. Sacó el vibrador, comprobó la batería y lo puso a su lado. Era un Rabbit Liebe, de última generación, de esos que tienen 15 movimientos diferentes. Se quitó el sujetador.

Cogió el móvil y llamó a Frank, pero él chico le dijo que estaba muy ocupado. No podría ir. Aunque ella no le dijo para qué lo necesitaba, se infería por varias razones. Pero dijo que no podía.

Puso música instrumental. Se acariciaba las tetas muy despacio. Anhelaba unas manos masculinas que se las estrujaran, que las apretaran, que juguetearan con sus pezones, unos labios que las recorrieran por toda su superficie y una lengua que se moviera sin cesar. Pero ahora solo tenía sus manos. Poco a poco metió una de ellas dentro de la braga. Tocó su sexo suavemente con dos dedos. Sintió que estaba mojada. Empapó la yema de los dedos con aquel líquido aceitoso, que salía de su vagina. Se quedó completamente desnuda. Comenzó a frotarse muy lentamente. Primero en movimientos circulares, sobre el clítoris. Después se introdujo dos dedos y los comenzó a girar de un lado a otro. Ya no podía más. Los labios estaban hinchados y rojos como la sangre. Habían alcanzado dos veces su tamaño original. Cogió el vibrador y se lo fue introduciendo poco a poco. Cuando ya tenía la mitad dentro, lo encendió en la primera velocidad. Probó diferentes movimientos, hasta encontrar el que la volvía loca. Presionó un poco y entró la otra mitad. Aumentó al número dos. Abrió un poco más las piernas. Estaba empapada. Lo llevó a la última velocidad. Apenas aumentó la potencia de las vibraciones,
Lorena comenzó a gemir, cada vez más alto. Su cuerpo se estremecía en espasmos desesperados. Por un momento le pareció que podía tocar las estrellas y todo el firmamento. Aquella intensa cosquilla que había aparecido, ahora se hacía más y más intensa. Si aquella sensación no tuviera fin, hubiera creído que su cuerpo explotaría en cuestión de segundos, porque iba en aumento … más … aún más …desde su vientre hasta el mismísimo delta de aquella prolongación erecta y roja como la sangre, que llaman clítoris…Lorena lanzó un chillido desesperado. Se estaba corriendo. Diez, quince, veinte segundos, quizás más. Nunca habría podido calcular con exactitud que tiempo duraba aquel estado de éxtasis.

Después la calma, la relajación, la distensión de su pelvis, y de todos sus músculos, la paz.

Un rato después regresó el deseo, se arrodilló en la cama, empinó el culo y se lo volvió a introducir dentro de aquella rajita, por aquel agujerito, que al abrir la vulva, dejaba ver una membrana rota en forma de estrella.

Recordó cuando su novio le pidió que se pusiera de rodillas en la cama aquella noche, en aquel motel de carretera, y solo así logró desvirgarla. En otras posiciones no había podido. El nerviosismo, el miedo, el dolor de sentir aquella barra cilíndrica de carne dura, de aquel macho en celo queriendo romper una parte de ella, para entrar en su cuerpo. Su cara volteada, tratando de mirar hacia atrás. Las gotas de sudor que cayeron sobre la sábana. Su mano intentando alejarlo. Luego su himen cediendo ante la presión de un miembro erectísimo que no cesaba de

empujar. La sensación de rotura, de que te han partido algo allá adentro, de que te han hecho un pequeño corte. Después, el sentir por primera vez un pene dentro de ella, rozando su fina piel contra las paredes de su vagina, las incontables embestidas, aquella continúa frotación que mezclaba el dolor con una sensación agradable, prometiendo un orgasmo que aquella vez no llegó a hacerse realidad. Aquella sensación de "me duele, pero me gusta". El escuchar a su hombre gemir y voltearla rápidamente, para inundarle las tetas de aquel líquido tibio y blanco saliendo de aquel cañón manchado de rojo, que después le restregó por los pezones. Luego su abrazo, el sentirse protegida junto a su pecho de hombre. El recuerdo de aquella noche, siempre la acompañaba.

Ahora su cara estaba de lado, contra la almohada.

Pasados unos minutos, cuando aún estaba en la primera velocidad, sintió que otra vez se acercaban las contracciones deliciosas, intensas, indescriptibles. Era el anuncio de la proximidad de otro racimo de orgasmos. El corazón le latía tan a prisa que parecía que se le iba a detener. Pasó bruscamente a la tercera. La impresión de tener un pene duro y erecto dentro de ella era muy real. Lo sacaba y metía unos 10 centímetros. Lo hacía muy rápido y con un ritmo excepcional. Las piernas le temblaban. El vibrador con forma de conejito ya estaba todo adentro, trepidando sin parar. No se movió más. Se corrió tres veces seguidas. Chilló muchísimo, no le importaba si alguien la oía. No podía evitarlo. Por algún sitio tendría que salir la presión psicológica que le producía aquel incomparable placer que acababa relajándola como nada en el mundo..

Lo sacó muy despacio y se dio la vuelta para acostarse boca arriba nuevamente. Estaba jadeando todavía. Entonces vio que hasta las sábanas, debajo de ella, se habían mojado.

Minutos después estaba en la ducha. El móvil comenzó a sonar. Era Frank. Se secó las manos y respondió.

—Hola Lorena, perdona que te dije que no iría. Creo que puedo hacer algunos cambios.

— No gracias. Ya no es necesario —dijo secamente. Y colgó.